

las montañas; aquella multitud de sutilezas inútilmente ingeniosas . . .

Pues bien, el Sr. Gamboa, en medio de aquel tristísimo estado de opresión en que vivía el pensamiento, proscrita la verdadera elocuencia, porque ella solo puede ser hija de la libertad política, hizo brillar en sus escritos un estilo claro, conciso y correcto; con excelente método presentaba las cuestiones y las resolvía de una manera sencilla y luminosa, y su razonamiento no se encontraba plagado á cada paso de pueriles declamaciones, de prolongadas anátesis y de cansadas ampliaciones. Cuando tenía que acumular citas, lo hacía, pero sujetándolas al método riguroso de sus raciocinios, y con tal oportunidad y tal orden, que justificando su inmensa y variada lectura, justificaba mas su buen gusto y la exactitud de su lógica. Sin embargo, tuvo un defecto que es preciso confesar, y que era la manía de los comentadores: ocurrir para todo al derecho romano.

IX.

Tal fué este hombre eminente, que con tan noble carácter se desprende del sombrío cuadro de la dominación española en México; y bien merece su nombre que se le exhume para siempre del injusto olvido en que yace la historia de aquel período de nuestra existencia.

¡Lástima grande que le hubiese tocado vivir en esa época infeliz, en que las mas elevadas facultades humanas luchaban en su desarrollo con obstáculos entonces insuperables! Pero por esto mismo, es mayor su merecimiento á los ojos de la posteridad, puesto que á pesar de las dificultades y de las preocupaciones de su tiempo, nadie podrá negar al Sr. Gamboa, sus gloriosos títulos de sábio escritor, de integérrimo magistrado, de insigne jurisconsulto.

JOSÉ OLMEDO Y LAMA.

MIGUEL GERÓNIMO ZENDEJAS.

1724.—1816.

MIGUEL GERÓNIMO ZENDEJAS es el artista mas notable que ha producido México desde la conquista hasta nuestros dias.

I.

Yo no comprendo cómo puedan existir personas que se atrevan á sostener que la dominación española produjo benéficos resultados para nuestro país. Yo no comprendo cómo una persona que tenga sano juicio y recta conciencia pueda dirigir la mirada hácia atrás, y pueda contemplar el desierto inmenso, la esterilidad absoluta, la noche profunda que caracterizan á la época que media entre la conquista y la independencia, sin sentir que sus ojos se humedecen con tristísimas lágrimas y que el alma se comprime con angustioso dolor. La atonía, el desmayo, el silencio, la muerte. Un virey que va y otro virey que viene; un arzobispo que intri-

ga, rivalidades en la Iglesia, Waterloos de sacristía, combates homéricos en los cuales el escudo de Aquiles, el premio de la victoria, es el hueso de Santa Especiosa ó un dedo chiquito de Santa Gertrudis; preparativos para celebrar ceremonias religiosas, *Te-Deums*, milagros á millares, y para iluminar dignamente esta gran fiesta de la civilización, una hoguera inquisitorial que de vez en cuando anunciaba á los fieles que el Evangelio no había apagado su antorcha, y que si esa antorcha contenía luz, también contenía fuego.

El aislamiento era absoluto. Debemos hacer justicia al gobierno colonial. Trataba de apagar en esa divina lámpara que se llama cerebro, todas las llamas de la idea; trataba de ahogar los gritos de la conciencia con la imponente armonía de la música religiosa; trataba de ocultar con el vistoso panorama, con la espléndida fantasmagoría de la vida futura la miseria, la abyección, la esclavitud de la vida actual; trataba de levantar altísimo dique para impedir que la funesta corriente de las ideas modernas viniese á destruir los suntuosos templos, las régias mansiones, los omnipotentes monasterios que cubrían esta bendecida tierra del Anahuac, en donde el gusano-hombre había sido creado para besar las plantas del dios-fraile, y en donde agradecidos labios lanzaban á los dóciles vientos dulcísimas plegarias de gratitud y de amor por tanta y tan inmerecida dicha. Realizó todos estos pensamientos el gobierno colonial. Al finalizar su tarea, entregó á la historia una obra maestra. Con siniestra sonrisa, volviéndose reverentemente hácia su augusta madre, hácia la España, le dijo:—Me habías entregado un pecho en el cual palpitan nobles sentimientos, levantadas aspiraciones, dulcísimas esperanzas; te entrego yo un pecho vacío. Me habías entregado una inteligencia viva, despejada, ansiosa de que brotaran en ella las semillas del progreso y de la civilización; te entrego yo una cripta en cuyos ámbitos solo resuena el *Dies Iræ* de la Edad Media. Me habías entregado un pueblo dócil y suave, una raza humilde y generosa, un país galano y rico; te entrego yo un pueblo imbecil y degra-

do, una raza abyecta y asquerosa, un país estéril, ceniciento é improductivo. Ya ha terminado mi evangélica misión. Aquí no saben lo que significa honor, ni dignidad, ni idea, ni conciencia, ni alma, ni conocen esa divina luz que se llama *libertad*; pero conocen, en cambio, la vida de los santos, el derecho divino de los reyes, la inviolabilidad de la monarquía, los sagrados deberes del esclavo, el respeto á la tradición, la confianza en la fé, el amor á la Iglesia, la veneración al Papado, la conveniencia de los autos de fé, el eterno castigo de los brujos, de los hechiceros, de los herejes. Es cierto que no se han iniciado aquí los Derechos del hombre; pero conocen el Catecismo del Padre Ripalda. Es cierto que la industria no florece, que las artes no progresan, que se ignoran las ciencias, que se desconoce la filosofía, que no tienen historia; pero leen el *Flos Sanctorum*, rezan sus letanías, murmuran sus jaculatorias, creen en los milagros y adoran, humildes ovejas, al régio pastor que les concede con real munificencia el aire que respiran y las espinas que se clavan en sus ensangrentados pies. Me habías entregado un espléndido paisaje cuyo cielo azulado y purísimo amorosamente tendía sus pliegues sobre el rico manto de sus flores, sobre el delicioso trino de sus zenzontlis, sobre la magestuosa belleza de sus montañas, sobre los brilladores cristales de sus rios, sobre la tropical belleza de sus mujeres; te entrego yo un calabozo inundo y lóbrego en donde la víctima tiembla y se esconde y se postra ante el verdugo infame de la Inquisición, ante el abyecto temor del infierno, ante el látigo cruel del conquistador, ante el lúbrico deseo del fraile. Era una nación de libres.—Hoy es una nación de párias.—

Resístese el látigo á flagelar tanta iniquidad, como resístese la pluma á trazar tanto horror. Porque parece increíble que sucedan algunas cosas. Parece increíble que el espíritu del siglo XVIII, el siglo en que llegaron á la eflorescencia todas las ideas del mundo moderno, brotando simultáneamente en medio de las ruinas, de los escombros y de los derribados ídolos que cubrían el suelo de la Europa, el siglo de Montesquieu y de Bentham, de la Enciclopedia y de

los Derechos del Hombre, del nacimiento de las literaturas nacionales y de la creación de la Filosofía de la Historia, de las investigaciones científicas y de las especulaciones filosóficas, de la independencia americana y de la Revolución Francesa,—parece increíble que el espíritu de este siglo se haya detenido en las fronteras de nuestra patria, sin que su aliento de juventud, de libertad y de vida haya refrescado la pesada atmósfera que servía de mortaja á nuestro desdichado pueblo. Yo solo me lo explico de una manera: el abrasador incendio solo devora cuando hay algo que devorar. Y nuestra patria, nuestra pobre patria, no era entonces mas que un monton de cenizas. El incendio nuevo se encontraba con la huella de precursores implacables.

El siglo XVIII en México se presenta con los mismos caracteres que presentan los dos siglos anteriores. Nuestro querido maestro Guillermo Prieto nos ha trazado el bosquejo mas verídico y mas elocuente de esa época: “La propiedad convertida en instrumento odioso de esclavitud, el trabajo encadenado por la servidumbre y por el gremio, el comercio agarrotado por el monopolio, la preponderancia del dinero hundiéndose en la miseria al pueblo, y éste entonando loores al fanatismo y á la tiranía en medio de la desnudez y la barbarie . . . Había paz, si esta sangrienta ironía puede aplicarse á la resignación con la infamia; había paz, si puede jactarse de nuestro silencio el verdugo que sujeta á nuestros labios con la mordaza. Había dinero, sí; dinero que emigraba para Europa, sin producirnos un solo beneficio; dinero que representaba el monopolio, las explotaciones del privilegio, la sangre del pueblo . . . Se detenía la admiración del viajero delante de tres ó cuatro capitales inmensos; pero cuando volvía los ojos se encontraba con la población desnuda, sumida en la ignorancia y en el vicio, y presenciando, en medio de su barbarie, la prostitución de las clases privilegiadas, el robo de los funcionarios públicos, las maldades inauditas de los señores feudales, modelos de nuestros propietarios.”

Ya hemos visto el estado que guardaban el comercio, la industria, la ciencia, la filosofía y la política. Veamos ahora el estado que guardaba el arte.

¿Existía el Arte en México durante el siglo XVIII? ¿Este Arte tenía un carácter nacional? ¿Las academias que se fundaron en esa época, le dieron un impulso benéfico? ¿Cuáles eran las ideas dominantes acerca del Arte? Tales son los problemas que someramente voy á tratar de resolver.

El Arte existía en México durante el siglo XVIII. Sin duda era incompleto y mutilado. No es posible compararlo con el estado floreciente que entonces guardaba en el resto del mundo civilizado. Pero existía. Todas las grandes pinturas, ó si no todas, al menos la mayor parte de ellas que adornan á nuestros templos, datan de esa época. Necesario era encontrar algún empleo para las fabulosas sumas adquiridas por las corporaciones religiosas. Necesario era que una religión que deseaba imponer sus preceptos é inculcar su enseñanza, por el conducto de los sentidos, llamara en su auxilio á la mas sensual de todas las artes. Necesario era que la Iglesia pusiera en relieve é iluminara con la mágica paleta del artista los grandes hechos de su historia, los maravillosos testimonios de su poder, el sacrosanto carácter de su misión. Así es que empleó en esta tarea desde el talento mas real hasta el mecanismo mas grosero. Y así, por una combinación de circunstancias, la Iglesia impartió un verdadero auxilio á los pintores mexicanos y dió asilo en sus santuarios, movida por un interés mezquino, al Arte que en vano tocaba la puerta de la verdadera inspiración.

Pero si existía el Arte en esa época, de ninguna manera resulta que este Arte fuese nacional. Tengo el sentimiento de encontrarme, sobre este punto, en abierta oposición con la opinión ilustrada del Sr. D. José Bernardo Couto y de la mayor parte de los críticos que han seguido las huellas de este distinguido escritor. Pretender que existe una escuela nacional de pintura, porque algunos pintores mexicanos han tenido un colorido suave y brillante, y porque se han distin-

guido en la expresion de los rostros, tan solo me prueba que no se comprende lo que significa una escuela *nacional*. Yo entiendo por escuela nacional aquella que demuestra originalidad en la composicion, escogiendo preferentemente asuntos *nacionales*, que se inspira en las fuentes de su historia, que retrata las bellezas de su naturaleza, que reproduce los rasgos de su carácter, que pinta los ideales de su imaginacion, y que si se aparta de su país y busca la inspiracion en extranjeros temas, sea bajo un punto de vista enteramente nuevo, enteramente propio, enteramente original. Así es como se han formado todas las escuelas europeas. Pero se me dirá que doy demasiada importancia al asunto de la composicion; que, para juzgar una obra de Arte, hay que tener en cuenta tambien el dibujo, el colorido, el claro-oscuro, la perspectiva, los mil y mil detalles que debe vencer el artista para completar su obra. Es la verdad. Pero la llamada escuela mexicana no se distingue en ninguna de estas líneas. El mismo colorido suave y dulce que se presenta como el mas triunfante argumento para defender esta opinion, reconoce un parentesco muy cercano con el colorido de la escuela sevillana que, indudablemente, comunicó sus secretos á los artistas mexicanos. Pero yo quiero suponer que esta aseveracion sea cierta. Quiero suponer que el colorido de la escuela mexicana le sea propio y característico. ¿Una escuela, por el solo hecho de tener colorido propio, tiene derecho á reclamar el título de nacional? No, y mil veces no. Preveo una objeccion. Se me dirá que la especialidad, la señal distintiva y característica de la escuela veneciana es precisamente su colorido. Es cierto, en efecto, que la escuela veneciana se distingue de todas las demas escuelas italianas por su colorido rico y vivísimo, por su pincel graso, por su luz brillante, por lo aterciopelado de sus paños, por la esplendidez de sus carnes; pero no es esto todo; si los venecianos solo tuvieran colorido, y nada mas que colorido, no habrian fundado una escuela; lo que distingue tambien en supremo grado al Ticiano, al Tintoretto, á Pablo Verones, á Giorgione, es

una asombrosa fecundidad, una audacia infinita en la composicion, un cuidado extremo en los detalles, un estudio profundo del desnudo, un conocimiento real en la anatomía, una gracia infinita en las cabezas. Si al colorido brillantísimo de estos artistas no se hubieran reunido las dotes que acabo de señalar, indudablemente habrian pertenecido á la escuela italiana, pero no admirariamos hoy las bellezas de la veneciana. Y, sobre todo, el colorido tiene una importancia secundaria en el Arte. El distinguido escritor Charles Blanc se expresa de esta manera sobre esta materia: "El dibujo es el sexo masculino del Arte; el colorido es el sexo femenino.... La superioridad del dibujo sobre el colorido está escrito en las mismas leyes de la naturaleza; ha querido, en efecto, que los objetos nos sean conocidos por su dibujo y no por su colorido. Un gran número de objetos inanimados ó vivos tienen el mismo color, mientras que no hay dos objetos que tengan exactamente la misma forma. Si hundo la mirada en las profundidades del desierto, y veo avanzar á un tonoleonado, puedo creer con igual probabilidad que es un leon ó cualquier otro animal; pero si distingo una melena, entonces es un leon el que viene hácia mí." Añadiré que este es el motivo por el cual en la gerarquía del génio habremos de colocar el nombre del Ticiano despues del nombre de Rafael. Estas son las razones en que me fundo para negar el título de escuela nacional á los pintores mexicanos.

Sea de ello lo que fuere, el resultado es que en el siglo XVIII el Arte solo florecia resguardado por la sombra de los monasterios. Sin embargo, pronto debia intervenir otro agente poderoso con la pretension de amparar mas eficazmente á los artistas mexicanos. En 1753 fundóse una Academia de Bellas Artes bajo la presidencia perpetua de Cabrera, y en 1785 constituyóse definitivamente la presente Academia de San Carlos. Examinemos la organizacion de la primera de estas instituciones. Componíase de un Presidente, seis Directores, un Maestro de matemáticas, un Secretario y un Tesorero. Los ejercicios consistian en lecciones de dibujo, es-

tudios del modelo vivo, y concursos anuales de pintura. (1) Los estatutos firmados por Cabrera, Dominguez, Espinosa de los Monteros, Morlete Ruiz, Quintana, Vallejo y Alcibar, entre otras prescripciones contenian estas: que jamas se admita como discípulo á un hombre de color quebrado; que todo el que pretenda matricularse, compruebe antes que es español; y que si, á pesar de todo, se introdujere alguno que no lo sea, se le eche de la escuela luego que se descubra. Honra esto sobremanera á nuestros artistas *mexicanos*. Y si antes de conocer este rasgo juzgaba yo que Cabrera era un mediano artista, despues de conocerlo, juzgo que fué un hombre despreciable. Ya se comprenderá las innumerables ventajas que proporcionaba esta liberal, justa, y hábil proteccion á las artes. Veamos ahora los resultados producidos por el establecimiento de la Academia de San Carlos. Tiene la palabra otra vez el Sr. Couto: "La muerte de la pintura en México es coetánea del establecimiento de la Academia." (2) ¿Por qué? El Sr. Couto se apresura á contestar que esto fué debido, en primer lugar, á que los primeros maestros de pintura que se enviaron de España, no fueron notabilidades, y despues, á que en el último tercio del siglo XVIII ya faltó á los artistas la ocupacion que les daba la Iglesia. Muy bien puede ser que las causas enumeradas,—aunque dudamos de la verdad de la segunda,—hayan contribuido en algo á la muerte de la pintura en México. Pero me atreveré á señalar otra, que á mi juicio, fué la que determinó y determina aún la esterilidad de la pintura mexicana. Me refiero á la creacion misma de la Academia. O para decir de una vez mi pensamiento en toda su extension: creo que las Academias lejos de beneficiar los intereses intelectuales, morales y estéticos del hombre, solo le sirven de rémora y de obstáculo para su progreso.

Si la Academia fuera un lugar en donde el estudiante

(1) Diálogo sobre la Historia de la Pintura en México, por D. Bernardo Couto. México. I. Escalante y C^a 1872.

(2) Diálogo citado, pág. 89.

puadiese obtener una instruccion completa en todas las formas de la sabiduría; si aprendiera allí los métodos mas seguros y mas expeditivos para llegar á ella; si el espíritu de progreso de tal manera animara á estas instituciones que este progreso asumiera la forma de una ley ineludible é irresistible para todos; si el aire que allí respirara el discípulo estuviera saturado con un noble entusiasmo por la verdad; si los pequeños intereses de partido, las trivialidades degradantes del sistema, los preceptos mezquinos de la rutina fueran sustituidos con un ardiente deseo de buscar nuevos horizontes para la idea y nuevos campos de observacion para la ciencia; si el profesor en lugar de convertirse en pequeño oráculo y asumir una infalibilidad las mas veces absurda y ridícula, se decidiera á estudiar con sus discípulos y á marchar, siempre á marchar en la senda de la investigacion concienzuda,—si la Academia reuniera todos estos elementos y todas estas perfecciones, indudablemente consagraria yo el resto de mis dias á defender sus intereses y á procurar plantearla en donde quiera que encontrara yo un destello de inteligencia, un deseo de instruccion, una esperanza de mejoramiento. Desgraciadamente no es así. Desgraciadamente, hasta hoy por lo menos, ha producido resultados diametralmente opuestos. La Academia, sea en literatura, en idiomas, en ciencias ó en artes, se presenta siempre con los mismos caracteres. Las Academias vienen á ocupar en la especialidad para la cual se han creado, el mismo lugar ocupado por las castas en las civilizaciones de la India y del Egipto, el mismo lugar ocupado por la nobleza en los países aristocráticos. La Academia de la Lengua, significa el estancamiento del idioma, el obstáculo á todo adelanto, la resistencia á toda innovacion, la ignorancia de que si se prohíbe que los vasos sanguíneos reciban en su seno á la sangre nueva, vigorosa, pura, joven, arterial, creada por el corazon del progreso, estos vasos languidecerán y tan solo habrán de contener una sangre venosa, negra é inútil, impotente para mantener la vida, insuficiente para dar la fuerza. La Academia

de Literatura significa el predominio de la literatura de los académicos, la guerra á muerte á toda inspiracion que brota fuera de sus recintos, la creacion del espíritu estrecho de comunidad, la censura, el desprecio, la burla, la envidia, el ódio para la originalidad, para el progreso, para el adelantamiento! La Academia de Ciencias significa la ignorancia absoluta de toda verdad que no se haya descubierto en su laboratorio, de todo sistema que no haya originado en su cerebro, de todo hecho científico que no haya encontrado en el campo de sus experiencias. La Academia de Bellas Artes significa el amaneramiento en el estilo, la inspiracion substituida por las reglas, el talento del discípulo substituido por la rutina del maestro, la rivalidad entre la vejez y la juventud, entre el que cree haber tocado ya la perfeccion y el que comprende que la perfeccion no existe para el artista, entre el que imita y el que crea, entre el timorato y el audaz, entre la medianía y el génio. Todas las Academias existentes presentan este espectáculo. La España tiene una Academia de la Lengua, y la lengua castellana agoniza y muere como el gladiador romano, solo preocupándose ya con caer graciosamente y exclamar: *Cæsar morituri te salutant!*; solo que el César en este caso es el clasicismo Cervantesco. La Inglaterra y la Alemania no tienen Academias de la Lengua; comprenden que cualesquiera que sean las bellezas de Shakespeare y de Goethe, la humanidad, la civilizacion y el idioma han progresado desde entonces y procuran amoldar su civilizacion y su idioma á este adelanto. La Francia tiene una Academia de Literatura, y la literatura francesa se enorgullece con la gloria de los Molière, de los Béranger, de los Balzac, de los Dumas, de los Gautier, de los Quinet y de los Flaubert, que no han pertenecido á mas Academia que la que forman los talentos libres de toda traba, exentos de toda preocupacion, independientes de toda liga. Los grandes génios y los grandes talentos han fundado escuelas, no han pertenecido á ellas. Shakespeare, Milton, Shelley, Byron en Inglaterra; Klopstock, Lessing, Goethe, Schiller en Alema-

nia; Dante, Tasso, Ariosto, Petrarca en Italia; Cervantes, Calderon, Espronceda, Becquer en España, no se formaron en Academia alguna. Rafael fundó la escuela romana, Miguel Angel la escuela toscana, el Ticiano la escuela veneciana, Velazquez la escuela galo-española, Murillo la escuela sevillana, Rembrandt la escuela holandesa, Rubens la escuela flamenca, Reynolds la escuela inglesa.

La Academia mexicana de Bellas Artes no podia faltar á la regla. Antes de que se planteara, existieron Juan Rodriguez Juarez, Cabrera, Vallejo, Ibarra y Alcívar. Despues de su instalacion hay cincuenta años de absoluta y completa esterilidad. No hay un solo oasis en este desierto.

El Arte, pues, presenta en México durante el siglo XVIII los siguientes caracteres: enfermizo y amanerado vejeta tristemente cobijado por las sombras del convento; inmola su inspiracion ante las aras de un fanatismo mas y mas grosero todos los dias; sin originalidad, sin carácter propio, languidece á la par que languidece el arte español, que siempre le sirvió de modelo; no encuentra proteccion alguna en la sociedad; agoniza lentamente como agoniza el pueblo, como agoniza la nacion, como agoniza todo en esa época; y, finalmente, el establecimiento de las Academias le sirve de tumba.

Este es el el cuadro, á grandes rasgos trazado, del período colonial. *Qui osera, sur terre, donner même au plus coupable cette mort par delà toute mort, le tuer dans le souvenir?* pregunta el generoso Michelet. Castigo horrible,—¿verdad? . . . Pues todavia es dulce para los crímenes del período que acabo de analizar.

II.

Esta es la época en que floreció el mas inspirado de los artistas mexicanos, Miguel Gerónimo Zendejas. Pocos son los detalles biográficos que he podido recoger acerca de su

vida. Nació en Puebla de los Angeles el año de 1724, de padres pobres, pero—*cela va sans dire*,—honrados. Entre paréntesis, todas las notabilidades nacen de padres pobres, pero honrados. Parece que su padre fué llevado á Roma por un eclesiástico notable de Puebla, y allí recibió el inmerecido honor de ser presentado á Su Santidad, que deseaba cerciorarse del número exacto de plumas que cubria el cuerpo de un mexicano. Tal vez haga yo una suposición aventurada, pero me atrevería á asegurar que Zendejas, *père*, no era un Apolo, ni representó dignamente en esa ocasión á la belleza patria. Pasemos. La Historia, implacable, guarda un silencio absoluto sobre este personaje durante un largo espacio de tiempo. Cuando vuelve á hablar sobre él nos dice que ayudado por su protector estableció en Puebla un almacén de estampas. La única obra que legó á la posteridad éste dignísimo ciudadano, ha sido su hijo. La Historia agradecida le hace una caravana y cierra la puerta entre él y nosotros. Zendejas, *fijs* manifestó desde temprana edad su afición á la pintura; frecuentaba los talleres de los artistas poblanos ansioso de recoger en ellos la poca instrucción que allí podía encontrar. Protegido por el obispo Perez y sintiendo germinar en él ese *no sé qué* indefinible que hemos convenido en llamar el sentimiento de lo bello, determinóse á consagrar el resto de sus días á la entonces ingrata tarea del artista. Que no tenía instrucción alguna en las reglas nos es suficientemente demostrado por sus cuadros. Que tenía un verdadero génio y una genuina inspiración, también nos es suficientemente demostrado por esta ausencia de las reglas.

Personas competentes me han asegurado que Zendejas jamás vino á México. También me han asegurado que siempre fué moderado en sus pasiones, frugal en sus costumbres y moral en sus ideas,—lo cual es verdaderamente incomprensible tratándose de un génio y de un artista. A ser cierta esta aseveración, no necesitaba Zendejas otros títulos para llegar á la inmortalidad. Tuvo que buscar la protección en donde tenían que buscarla todos los pintores de esa época; y las

principales iglesias de Puebla fueron adornadas y engalanadas con sus cuadros.

Dos de sus mas afamados discípulos, José Manso y Julian Ordoñez, nos han preservado un rasgo curiosísimo y admirable de su maestro. Este rasgo es suficiente para demostrar que Zendejas fué un verdadero génio. Juzgue el lector.

Zendejas jamás comenzaba sus cuadros trazando boceto, diseño ó dibujo alguno. Ideada una vez la composición en la riquísima tela de su fantasía, preparábase á darle forma material siguiendo un sistema sencillísimo. Escogía su tela,—generalmente de tres ó cuatro varas de largo,—y la fijaba sobre una varilla delgada de madera, cuya varilla clavaba en la pared á la altura de su cabeza; despues desenvolvía una vara de este lienzo y comenzaba la composición, dando principio á sus figuras por la parte superior; una vez llenado este espacio lo enredaba de nuevo en la varilla y soltaba otra vara de lienzo vírgen, y así sucesivamente hasta completar el cuadro. Debemos notar una particularidad, y es que no se contentaba con pintar de arriba abajo sus composiciones de la manera que he indicado sin trazar bosquejo alguno; sino que *dejaba enteramente concluida la pintura* en el fragmento que momentáneamente ocupaba su pincel. Declaro que en todos los anales del Arte que he podido registrar, no se encuentra un hecho mas asombroso que este. Bajo el punto de vista de esta facilidad increíble, no vacilo en decir que Zendejas es el artista mas notable del mundo.

Despues de haber nacido y despues de haber pintado de esta manera, evidentemente no le quedaba ya mas recurso que morir; así es que contento con haber dado una pincelada entre dos eternidades (como diría Víctor Hugo), se preparó á cumplir con este pequeño detalle. Murió como buen católico, apostólico y romano el año de 1816 á los noventa y dos años de edad, dejando cuatro hijos, de los cuales uno llegó á ser un pintor de mediano mérito.